



MEDITERRANEO ECONOMICO

Ciudades, arquitectura y espacio urbano

- Sistemas y morfología
- Arquitectura, sociedad y espacio urbano
- Planificación, derecho urbanístico y participación
- Nuevos retos
- Algunos casos particulares de urbanismo



RESURGAM

INVOCACIÓN PARA RECUPERAR EL URBANISMO Y CONTINUAR EL PLANEAMIENTO

Fernando de Terán Troyano

"Cuenta una vieja guía de arquitectura de Londres que, tras el incendio de 1666, Sir Christopher Wren inició la reconstrucción de la catedral de San Pablo, encontrando entre los escombros un fragmento de lápida, donde sólo quedaba grabada la palabra latina RESURGAM, que la propia guía traduce acertadamente por «resurgiré».

Interpretándolo como buen augurio, el arquitecto mandó labrar esta palabra bajo un fénix en bajorrelieve, colocando el conjunto en el pórtico sur del edificio, que efectivamente resurgió de las cenizas y todavía pervive en buen uso."

Al final de los años sesenta empezó a constatarse un cierto agotamiento, a encontrarse insuperables dificultades de funcionamiento, y a verificarse dudosos resultados, en ese complejo sistema de normas y planos que había sido concebido para organizar las previsiones destinadas a condicionar el desarrollo urbano y que, con variantes, era utilizado en muchos países del mundo. Su necesidad había sido ampliamente aceptada, se había ido perfeccionando durante varias décadas, en sucesivas etapas teórica y metodológicamente diferenciables, y constituía una tradición cultural muy elaborada, especialmente europea.

Esta situación provocó desconcierto y dudas en las filas académicas, profesionales y administrativas dedicadas al tema, pero también dio lugar en las mismas a un esfuerzo reflexivo para analizar las causas, considerar nuevas orientaciones y proceder a una reelaboración teórica, al mismo tiempo que se ensayaban alternativas en la práctica planificadora, que no llegó a detenerse.

Pero al mismo tiempo, y al margen de este esfuerzo constructivo, se aprovechó la circunstancia para desencadenar, desde sectores ligados a intereses inmobiliarios, una agresiva crítica de base económica e intención liberalizadora contra el planeamiento urbanístico, que fue eficazmente secundada desde el ámbito profesional de la arquitectura, apoyándose en una reivindicación de los aspectos morfológicos y en la necesidad de producir rápidas transformaciones visiblemente mejoradoras del espacio urbano. Desde ambos frentes se ridiculizó el contraste entre la ambición globalmente organizadora del planeamiento, por una parte, y por otra su carácter abstracto y burocrático, así como su escasa operatividad real. Y a partir de ahí, se fue imponiendo una forma de actuación sobre la ciudad, de carácter fragmentario y de signo fundamentalmente arquitectónico, rechazando la necesidad de las visiones previas de conjunto, y se proclamó la inutilidad del planeamiento y la muerte del urbanismo.

Y esta campaña, en la que se confundían curiosamente expectativas inmobiliarias y cultura arquitectónica, se alió en sus esfuerzos para el descrédito y la demolición del planeamiento, con una generalización contagiosa de la idea del "fracaso histórico del urbanismo", que pasó a ser un tópico de general aceptación acrítica, redondeando el negativo marco general que rodea a esta controvertida disciplina.

El momento actual, en el que se acentúa la tendencia liberalizadora, se puede caracterizar por la permanencia de este clima negativo en el que, sin embargo, se pueden distinguir dos nuevas situaciones que permiten ver el futuro de otra manera.

Por una parte, empieza a notarse en el propio ámbito de la cultura arquitectónica una actitud más reflexiva y cautelosa, que advierte de los graves riesgos y los efectos negativos de la pretensión de una "arquitectura sin urbanismo". Por otra, la nueva forma que está adoptando la realidad de la ciudad-territorio ha mostrado la notable insuficiencia del fragmentarismo y está reclamando y estimulando la continuación del esfuerzo reflexivo sobre nuevas formas de planeamiento posible, en medio de un vivo e interesante debate teórico y de una experimentación práctica que no se detiene.

El texto que sigue tiene dos intenciones entrelazadas. Por una parte analiza el proceso de deterioro público sufrido por el urbanismo en las últimas décadas, separando razones objetivas, manifestaciones interesadas e incapacidades de comprensión, para acabar viendo cómo se está produciendo una cierta reconsideración (que en algunos casos se plantea como clara rectificación de injustificadas y superficiales exageraciones y condenas) que permite pensar en una recuperación del urbanismo. Por otra parte, examina las razones de la importante inflexión sufrida por el proceso histórico de elaboración del planeamiento y las posibilidades que parecen ofrecerse ahora, aprovechando la enseñanza de la experiencia histórica, para una apertura del mismo a nuevas formas teóricas e instrumentales, más adaptadas a las características de la nueva realidad urbana y territorial que se está configurando.

Está escrito desde dentro de la experiencia española, pero claramente referido en todo momento al contexto y panorama universal, especialmente al europeo. El autor estima que es demasiado importante lo que ha ocurrido en las últimas décadas como para dejarlo pasar sin analizarlo bien, y que es absolutamente imprescindible conocerlo a fondo, analizarlo críticamente e interpretarlo correctamente si se quiere entender cómo se ha producido la situación en que se encuentra actualmente el urbanismo, y estar en situación de pensar adecuadamente, a partir de ahí, cómo pueden evolucionar en el futuro los planteamientos disciplinares del tratamiento del desarrollo urbano. A ello desea contribuir ahora, con una intención que va más allá de la correspondiente a un enfoque puramente historiográfico, como el utilizado anteriormente por el mismo.¹

1 TERÁN, F. (1996): "Evolución del planeamiento urbanístico (1846-1996)", Madrid, *Ciudad y Territorio*, 107-108.



1. Antecedentes

Al terminar los años setenta, estaba plenamente asumida la idea (que se había ido abriendo paso desde los primeros años de la década) de que se había entrado en una nueva etapa histórica del desarrollo urbano en Europa, que requería nuevas formas de pensar la ciudad y de plantear la intervención sobre ella.

Como se ha señalado en otras ocasiones, la crisis económica había terminado con las anteriores expectativas de desarrollo económico, y los datos sobre saldos migratorios deparaban importantes sorpresas, al mostrar que se estaban alterando los comportamientos tradicionales de las ciudades, que acusaban una inesperada desvitalización con pérdida de población y empleo. Sorprendidos, los gobiernos locales y supralocales, que habían venido estando muy ocupados con los problemas del crecimiento, debieron reorientar entonces sus políticas, poniendo en marcha, con cierta urgencia, políticas de revitalización. Desde entonces siguen en ello.

Frecuentemente, esas políticas de carácter económico, con exenciones e incentivos, estaban acompañadas por atractivas propuestas de operaciones transformadoras de carácter físico, con resultados muy visibles a través de la arquitectura, en determinados ámbitos urbanos, que verían aumentados así sus ventajas y sus atractivos. Y este tipo de planteamientos se acentuó después, ya en los años ochenta, cuando con la recuperación económica, se hizo plenamente perceptible el cambio producido en el modelo de crecimiento urbano. Se vio entonces que éste caminaba hacia la dispersión de las actividades y la población por el territorio, y que ello estaba dando lugar a la aparición de la nueva realidad que ya entonces empezó a llamarse "ciudad difusa". La cual era una de las formas componentes básicas de la "ciudad-región", o de la "región urbana", complementaria del sistema policéntrico compacto tradicional. Y éste necesitaba entonces, a su vez, reafirmar, redefinir y recargar de funciones sus núcleos.

Coincidiendo con la afirmación de una atmósfera neoliberal, que en muchos sitios estimulaba deslizamientos hacia medidas de desregulación y supresión de controles y de entidades coordinadoras, se pusieron en marcha entonces planteamientos revitalizadores, tratando cada ciudad de poner en valor todas sus potencialidades y se acentuó el papel de los gobiernos locales como promotores de estrategias modernizadoras en colaboración con grandes actores privados, con importantes aumentos de los presupuestos destinados a publicidad y a la realización de grandes proyectos dedicados al desarrollo económico, al embellecimiento, a la cultura y al ocio.

Es así como, cronológicamente, detrás de los grandes planes urbanísticos de carácter estructural y omnicomprensivo, que se habían venido realizando en las décadas anteriores (y que constituían los últimos episodios de esa ambiciosa y muy elaborada tradición especialmente europea), hicieron su aparición, independientemente de tal tradición, formas diversas de "planificación concertada" y de "planificación estratégica", de carácter fundamentalmente económico, pero con frecuentes e importantes repercusiones en el marco físico. El origen de

esta última estaba en la América *reaganiana*, y había nacido como extensión al gobierno local de modelos utilizados por las grandes empresas privadas para establecer el marco de referencia de sus operaciones. Es importada por Europa, ya en los años ochenta, tanto o más como una actitud que como un instrumento. Por eso, aunque en muchos casos no lleguen a establecerse formalmente esos "planes estratégicos", se adoptan frecuentemente, desde los gobiernos locales, programas y actitudes concordantes con lo que ellos representan como forma de actuación, generalmente concertada con el sector privado, actuando fragmentadamente sobre la realidad urbana, de modo esencialmente diferente al que representaba el planeamiento integral anterior, y en abierto conflicto teórico y práctico con él. Aflojando "la camisa de fuerza" de éste, y al margen de su compleja normativa y prolija tramitación, se podían realizar "proyectos urbanos" fragmentarios, de carácter transformador y vitalizador, para aumentar el atractivo y la competitividad de la ciudad.

Como consecuencia, aquellos grandes planes urbanísticos anteriores, concebidos con la preocupación prioritaria de hacer frente al crecimiento, con las inversiones principales destinadas a la ampliación de las infraestructuras externas, quedaban en evidencia. Y ocurre, así, que la extensión y generalización de este nuevo tipo de actuación, con sus atractivas promesas de rápidos resultados visibles, introducida al margen de las dilatadas tramitaciones y de las ajustadas previsiones normativas de los planes, en contradicción con ellas muchas veces, venía a rematar una larga serie de constataciones que estaban poniendo en entredicho la validez y utilidad reales de aquel planeamiento. Poniendo también en duda su capacidad para dar respuesta a los problemas cambiantes, suscitados por las alteraciones de la evolución del desarrollo urbano, así como para hacer anticipaciones válidas y para incidir realmente sobre los acontecimientos. En definitiva, venía a prestar sólido apoyo a una generalizada crítica al planeamiento tradicional que se venía produciendo en muy diversos ámbitos, desde el propio ejercicio autocrítico, académico y profesional, hasta el de los eternos e interesados enemigos de cualquier forma de control social sobre la actividad edificatoria y la ocupación y explotación del suelo.

2. De la quiebra conceptual al repliegue reflexivo

Desde el ejercicio académico y profesional, en primer lugar, ya que no es justo desconocer el esfuerzo crítico de reelaboración teórica e instrumental que, durante varias décadas, había ido corrigiendo errores y reajustando planteamientos sin estridencias, con reflejo en las sucesivas legislaciones urbanísticas europeas y en las correspondientes generaciones de planes urbanísticos. Porque a mediados de la década de los setenta, la cultura urbanística estaba muy alejada de las arrogantes afirmaciones categóricas que habían acompañado al nacimiento y extensión de las ideas urbanísticas del movimiento moderno, e incluso también de las ilusionadas expectativas que había suscitado, tiempo después, la aventura de la construcción de una metodología científica para el urbanismo, de base estructuralista y sistémica. Por el contrario, de los ámbitos profesionales y académicos más dedicados al tema, surgieron ya en aquellos mo-



mentos las primeras consideraciones acerca de las dificultades de utilizar el método científico aplicado a las previsiones de evolución de la ciudad, y acerca de la imposibilidad de eliminar de ello la incertidumbre. De ahí empezaron a deducirse las primeras ideas sobre la conveniencia de un "enfoque incremental y desagregado" para el planeamiento, frente a las pretensiones de las previsiones holísticas, y también los primeros ensayos de "planeamiento por partes" y "planeamiento de abajo a arriba", que suponían empezar a actuar sobre la ciudad, a través de acciones fragmentarias sobre sectores, para ir componiendo luego un ensamblamiento general. Y como es bien sabido, antes de finalizar esa década, había quedado prácticamente asumida la renuncia, por parte de las desencantadas élites investigadoras de todo el mundo que, acompañando a coro el "requiem por los grandes modelos" entonado desde las universidades norteamericanas², ponían fin a la aspiración al "planeamiento científico".

Ciertamente que no todo el planeamiento elaborado en esas décadas había pretendido ser considerado científico, pero sí todo aquel que de algún modo estaba hereditaria o directamente conectado con la influyente y dominante cultura anglosajona (desde Geddes hasta la investigación estructuralista y sistémica) y en cualquier caso, una cierta invocación a la garantía de la científicidad, estaba generalmente asumida, aunque sólo fuese por la universal confianza en el método que, a partir del análisis, debería conducir objetivamente a las propuestas más adecuadas.

Ahora sabemos que debajo de todo esto había una importante cuestión epistemológica de hondo calado: la crisis generada por la pérdida de fe en la posibilidad de explicar y de tratar la realidad urbana a la luz de una ciencia nomotética basada en leyes y regularidades. Crisis que, a su vez, estaba relacionada con las revisiones historicistas de las formas de construcción del conocimiento científico (Kuhn, Lakatos, Feyerabend, ...) que habían venido produciéndose desde los años sesenta, y empezaban ahora a repercutir su impacto en áreas aparentemente distantes. Debido a ello, la visión de la ciudad, primero como un organismo y luego como un sistema unitario, dotado de estructura coherente y cohesionadora, que se desarrolla y evoluciona siguiendo leyes naturales que pueden ser científicamente descubiertas, empezó a ceder el sitio a un entendimiento de ella como agregado aleatorio y discontinuo de piezas heterogéneas, no del todo solidarias, que sólo puede ser explicado y entendido a través del conocimiento de su historia. Y en consecuencia, el planeamiento ya no podía seguir siendo entendido como un procedimiento seguro para hacer surgir una completa construcción del futuro, basada en unas previsiones del comportamiento de la realidad urbana, que el conocimiento científico de la misma, a través de su análisis, había prometido proporcionar.

Pero en aquellos momentos esto no se vislumbraba con tanta claridad. Simplemente se asistía a un agotamiento, al comprobar que ya no daba más de sí, ni podía seguirse por él un camino que aparecía estancado incluso en las posibilidades de seguir desarrollando aquellos espectaculares apoyos instrumentales en los que más había confiado, como era la modelística.

2 LEE, D.B. (1972): *Requiem for large scale models*, Institute of Urban and Regional Development, University of California.

Era realmente un final de etapa, en el que se comprobaban los límites insalvables de un proyecto intelectual que había entendido el plan urbanístico como un producto intrínsecamente abstracto, de base científica, con una ambición omnicomprensiva, elaborado a través de sofisticados procedimientos exclusivamente técnicos, sin apenas atención a las condiciones políticas y sociales de factibilidad real.

Y así, a un cierto descrédito, producido por la irrupción triunfal de los "proyectos urbanos", fundamentalmente arquitectónicos, atractivamente presentados y divulgados por las revistas profesionales, que ponía en entredicho la validez de un planeamiento aún vigente legalmente, venía a sumarse el vacío teórico, producido por la quiebra conceptual y metodológica que había seguido a la disolución de las bases epistemológicas que animaban y sustentaban, como esperanza de garantía final, la empresa de ese "urbanismo científico". Y por ambos caminos, el de los hechos y el de las ideas, se abrió paso la negación de la posibilidad de todo lo más característico de lo que aquel planeamiento había prometido dar: las grandes visiones holísticas integrales y su previsión anticipatoria, ajustada espacial y temporalmente. A cambio se abría la puerta a lo que se estaba imponiendo en la práctica de los gobiernos locales: una amalgama de políticas de generación de empleo, incentivos, mejora de condiciones sociales, junto con acciones directas puntuales de transformación espacial de carácter arquitectónico. La ciudad pasa a ser considerada entonces mucho más como ensamblamiento aditivo de conjuntos formales que como estructura global unitaria como la habían entendido las ciencias sociales. En consecuencia, la concepción de la intervención urbanística queda reducida prácticamente a esas actuaciones puntuales de carácter recualificador, revitalizador y reformalizador, a través de los "proyectos urbanos" de ámbito acotado. Así pues, la idea del plan global, basado en una visión estructural completa de toda la ciudad y del territorio circundante, y entendido como previsión integral de un proceso de desarrollo de todo el complejo entramado de actividades que los habitan, era conminada a pasar a la historia y a engrosar el concurrido limbo de las utopías urbanísticas, como ambición innecesaria e inalcanzable.

Y es también en ese momento, y directamente implicada en esa revalorización de la forma, cuando incide en el proceso una línea teórica que, si bien no era totalmente nueva, alcanza entonces su máximo desarrollo y su mayor extensión cultural. Es la reflexión que achaca la falta de calidad del ambiente físico de la ciudad, a la escasa importancia acordada por el planeamiento estructural a los aspectos morfológicos y significativos del espacio urbano, y reclama la preeminencia condicionante de la arquitectura en él, y el papel fundamental que ella debe jugar en su organización, mas allá de la resolución de los aspectos técnico-funcionales. Es una importante línea de reflexión y de acción, desarrollada inicialmente por la cultura urbanística italiana (la menos impregnada por la ambición de cientificidad), tanto teórica como prácticamente, que acaba divulgando y generalizando sus planteamientos, hasta convertirlos en poco tiempo en dogmas devaluados de una nueva ortodoxia. Una ortodoxia que genera pronto un frente beligerante, cargado de hostilidad recriminatoria contra el planeamiento tradicional, "aliado de las ciencias sociales" en contraposición con la arquitectura, bajo el lema aquel de "proyecto *versus* plan".



A partir de estos hechos y de estas actitudes, se produjo a lo largo de los años ochenta, en los ámbitos teóricos y profesionales del urbanismo, un esfuerzo de reflexión, no exento de perplejidades, dudas y desconcierto. Porque había que continuar el análisis ya iniciado de la experiencia anterior. Y había que digerir el error de las esperanzas depositadas universalmente en el enfoque cientifista, que había sido avalado por las máximas autoridades y las más avanzadas instituciones, sobre todo en ámbitos anglosajones, que habían dado por seguro el logro del planeamiento integral y omnicomprensivo, científicamente garantizado. Había que examinar y analizar cuidadosamente las posibilidades de los experimentos innovadores ligados al "planeamiento por partes" y al "planeamiento de abajo a arriba", con sus ensayos de participación ciudadana. Y había que asimilar la inadecuación de los conceptos tradicionales de control, los modelos de orden y jerarquía, los instrumentos de zonificación y normativa, para hacer frente a una realidad que cada vez se revelaba más diferente de la imaginada, mucho más compleja, incomprensible, refractaria a toda posibilidad de esquematización y de reducción a pautas previsibles, ante la cual aparecía cada vez más limitada la capacidad de previsión y predicción. La reflexión y la investigación sobre nuevas formas o "estilos" de planeamiento se desarrollaron entonces como una actividad constante en medios académicos, profesionales y administrativos, al tiempo que, en la práctica planificadora, que no se detuvo, continuaron los esfuerzos en paralelo, para la elaboración de lo que podría llamarse "planeamiento post-científico", o si se prefiere, más genéricamente, "planeamiento postmoderno".

3. De una crítica exacerbada a un planeamiento diferente

Pero el clima no era precisamente muy propicio a la serena reflexión en esos ámbitos. El descrédito del planeamiento se hizo pronto extensivo a todo el intento anterior de controlar y configurar la producción del espacio urbano, generalizándose la idea del "fracaso histórico" del urbanismo. En algunos ámbitos se suceden entonces las declaraciones polémicas poco reflexivas, que radicalizan actitudes y llegan a orquestar una verdadera ofensiva de derribo que, para avanzar afirmando una posible vía alternativa, parece necesitar pasar previamente por la descalificación global y la negación de todo aquel esfuerzo anterior. A ello contribuye una crítica mordaz, orquestada desde los medios profesionales de la arquitectura, que airea entonces con deleite las ingenuidades, las insuficiencias, los errores y la propia autocrítica de la experiencia histórica planificadora. Y ello ocurre a veces con una agresividad irritada, que más que una reflexión crítica profesional, intelectualmente seria, parece un ajuste de cuentas, en el que se han podido ver ribetes corporativistas en su desprecio a la ayuda de las ciencias sociales, tanto como "el indicio de la crisis interna de la cultura arquitectónica"³. Y esta corriente arrastra tanto a los eternos buscadores superficiales de la última novedad, como a los oportunistas y a los temerosos de quedarse fuera de juego. Así, efectivamente, se propició en esos años desde la

3 CAMPOS VENUTI, G. (1994): *La terza generazione urbanistica*, Milán.

arquitectura, no sólo el descrédito del urbanismo y la recusación del planeamiento, sino también una deslegitimación de ambos, a través de una innumerable relación de cargos y de una presentación ridiculizadora que, en sus manifestaciones más radicales, llegó a proclamar la muerte del urbanismo en base a ese "fracaso histórico" que suponía el no haber sabido dar respuestas válidas a los problemas de la ciudad actual.

Esa crítica formula entonces, en efecto, infinidad de cargos, nacidos unos del conocimiento de las reales insuficiencias o errores inherentes a la manera en que se había ido configurando y definiendo el planeamiento, o a las formas que había adoptado históricamente su desarrollo. Como eran sus enfoques esencialmente abstractos y cuantitativos, con predominio de la normativa y la zonificación, y su manifiesta indiferencia por la definición formal, o como la endeblez de los estudios de viabilidad financiera, que dejaban en el aire, aplazada indefinidamente, la materialización de las propuestas. Como era la inutilidad del pesado fardo de información analítica, supuestamente básica para la toma de decisiones, y en realidad bastante autónoma y separada. O como la inoperancia y parsimonia del obligado desarrollo escalonado y jerárquico de los diversos niveles de esas propuestas, sin instrumentos más directamente operativos. Otros provenían de las dificultades para incorporar respuestas a cuestiones nuevas, surgidas de la aparición de nuevas situaciones históricas del proceso de urbanización, con nuevas exigencias, como toda la temática ecológica, la crisis energética y los límites del crecimiento, que junto con la inversión ya comentada de las tendencias demográficas, conducían a la formulación del "urbanismo para la austeridad" y a la denuncia de los excesos y derroches de unas previsiones, a las que se acusaba de hipertrofiar tanto las expectativas de expansión física, como las dotaciones infraestructurales en que se apoyaban. Como la ciudad ya no iba a crecer más, la tarea era reorganizarla y recualificarla internamente, y no prever aumentos que no se iban a producir. Y así, la crítica al fracasado urbanismo, justificaba su contrapropuesta en el tratamiento fragmentario y fundamentalmente morfológico del interior de la ciudad, en el que no era necesario el urbanismo, en el que el urbanismo estaba de más, porque todo era arquitectura, o a lo sumo, conjuntos arquitectónicos definiendo espacios urbanos, cuya concepción, por otra parte, retrotraía frecuentemente sus planteamientos claramente nostálgicos y afectadamente historicistas, a los modelos de la ciudad preindustrial o, al menos, a situaciones anteriores a las propuestas del movimiento moderno. Otras veces, los cargos estaban formulados de manera injustificada, desde la incomprensión y desde la desinformación, achacando al urbanismo, en confuso amontonamiento, culpabilidades que no le correspondían. Pero de eso hablaremos luego.

Este clima más o menos general, contaba con manifestaciones de distinta intensidad, irregularmente repartidas, coincidiendo la difusión del descrédito del urbanismo con situaciones políticas o administrativas desreguladoras, como por ejemplo ocurría en el Reino Unido o en Italia. En España, con el gobierno socialista, no hubo desregulaciones significativas en este terreno, por lo que se mantuvo el equívoco respecto a los enemigos del urbanismo, y la cosa tomó caracteres particulares, dándose aquí probablemente, en los ámbitos profesionales, las manifestaciones más vehementes y más dogmáticamente seguras de sí mismas, dentro de un proceso en el que se pasó de la voluntaria exacerbación polémica (del principio de los años



ochenta es la muy celebrada invectiva, de dificultosa interpretación nunca aclarada, del maestro Oiza acerca de "las puntadas tontas" de los urbanistas, así como las desmesuradas y provocativas propuestas desplanificadoras de Bohigas) al montaje de plataformas autopromocionadoras. Y finalmente se entró en una fase de pragmatismo y de gratificante aceptación profesional generalizada, porque aquí era algo más lo que estaba en juego. Los nuevos ayuntamientos democráticos elegidos en 1979, que aparecieron inicialmente cargados de intenciones regeneradoras, se embarcaron en políticas urbanísticas identificadas con programas ejecutivos de acciones muy visibles de mejora inmediata, acordando para ello importantes aumentos de las correspondientes partidas presupuestarias municipales. Y ese soporte económico real y la buena disposición del cliente político requerían una respuesta técnica pronta y fácilmente inteligible, que encontró una adecuada vía de desarrollo a través del *fragmentarismo* y la exaltación morfologista orquestada desde la arquitectura. Gracias a ello, en unas cuantas ciudades españolas, tuvieron lugar entonces notables transformaciones recualificadoras, a través del tratamiento formalizador de espacios limitados interiores, que se encontraban indefinidos o decaídos, aunque a veces se produjeron frivolidades formalistas poco justificables, y hasta de tonterías (a veces muy costosas) dignas de alguna antología del disparate postmodernista más inculto. Otras veces lo que apareció, quizá más en los proyectos que en la realidad, fue, por el contrario, una cultísima colección de imágenes nostálgicas de la ciudad preindustrial.

No obstante, al mismo tiempo, tuvo lugar un desarrollo de la actividad práctica de la planificación, obligada por la inalterada permanencia del marco jurídico, que se hizo eco de la situación y trató de incorporar las reclamaciones del morfologismo, manteniendo simultáneamente la necesidad de alguna clase de marco general de referencia y de consideración de conjunto, para la inserción de las operaciones puntuales. Se realizó entonces un valioso esfuerzo reflexivo en ese sentido, especialmente interesante por estar desarrollado después del abandono de los sustentos cientifistas y de las pretensiones de legitimar las propuestas, presentándolas como inexorablemente deducidas del análisis. Se retoma así el camino de la elaboración por intuición creativa, como había ocurrido a lo largo de la historia en la intervención arquitectónica sobre la ciudad, y como ocurría también en las primeras etapas de arranque de la urbanística, previas al cientifismo. Y así se perfilan las características de toda una nueva generación de planes generales, o de modificaciones importantes de los anteriores, que se redactan a partir de entonces. En ellos, junto con opciones más discutibles o francamente erróneas, que han acabado mostrándose insostenibles, y junto con evidentes insuficiencias, se incluyen aportaciones claramente positivas, tanto en el ámbito conceptual como operativo. La idea de estructura y la consiguiente descomposición zonal son sustituidas por una fragmentación basada en el análisis histórico-morfo-tipológico, tanto para el tratamiento recualificador de la ciudad existente, como para orientar y condicionar el carácter formal de las futuras transformaciones. Por ello, a través de estos planes, se puede identificar una aportación enriquecedora al entendimiento del plan, por parte de ese momento cultural, y una contribución del mismo a la corrección de determinadas carencias del planeamiento anterior. Constituyen, por lo tanto, un nuevo capítulo importante de la historia viva del planeamiento, aunque no una alternativa completamente válida a las formas tradicionales, como luego veremos. Porque esa historia, desde luego, continuó como en todos

los demás países europeos, a pesar de las profecías voceadas por los enemigos de cualquier planificación, hueste confusa en la que los negadores del plan urbanístico caminan alineados con los dignos descendientes espirituales del tatcherismo y del reaganismo, pero también con todos los que se preparan para pescar en el río revuelto de las desregulaciones que llegaron antes a otros sitios.

* * *

Más que mediada la década siguiente, es decir, en los segundos años noventa en que nos encontramos, es posible ya, con el distanciamiento suficiente, hacer una valoración serena de aquella ufana "revolución" antiurbanística y de lo que ha dejado su paso (acabamos de aludir a algunas repercusiones positivas que tuvo sobre el planeamiento, pero es preciso señalar también las claramente negativas) para intentar comprender cómo es la situación actual y cómo podemos mirar hacia el futuro.

En realidad no era demasiado necesario mucho distanciamiento para ver las debilidades, las insuficiencias y los riesgos del *fragmentarismo* formalista que se ofrecía como alternativa al planeamiento tradicional. Porque desde muy pronto se pudo advertir que, junto a toda la serie de aspectos positivos que daban seriedad y validez teórica a aquel proyecto de rescate de la forma y de afirmación de la preeminencia de la arquitectura, y junto también con la aparición de algunos buenos resultados que daba su aplicación, aquello no dejaba de ser en la práctica un planteamiento demasiado reduccionista, sólo parcialmente utilizable y no generalizable, que olvidaba la existencia de la realidad urbana y territorial exterior, afectada por la transformación que estaba sufriendo el proceso de urbanización, para el cual no tenía capacidad de entendimiento ni de respuesta. Había, en efecto, una parte fundamental de la realidad, que quedaba fuera del interés, de la comprensión y de las formas de tratamiento de aquella alternativa. La cual seguía centrada en la recualificación de la ciudad interior, y ciega a los problemas que mas allá de las periferias inmediatas seguía desencadenando la continuación del proceso descentralizador propiciado por las innovaciones en la tecnología de la comunicación. Y es que ya no se trataba sólo de periferias, que son situaciones de borde, porque los bordes y los límites estaban desapareciendo, sino de disolución de la ciudad sobre el territorio, invadiéndolo, salpicándolo, cruzándolo de infraestructuras y tejiendo el nuevo modelo de urbanización del siglo XXI. Y ello estaba ocurriendo sin respuesta profesional, ya que en aquellos momentos ésta continuaba deslumbrada con ese tratamiento formalista de la ciudad interior, o bien, ya a principios de los noventa, andaba tratando de inventar una nueva poética fundamentalmente gráfica, con incorporación de sugerentes elementos de inspiración deconstructivista y claras evocaciones *kandinskyanas* y *suprematistas*, para extender nuevas versiones de tratamiento formalista a los anteriores bordes y antiguas periferias de la ciudad.

4. Precisiones y reconsideraciones sobre una "arquitectura sin urbanismo"

Por otra parte, la precipitada necesidad de negar para afirmar, descalificando integramente la validez de cualquier esfuerzo planificador anterior, iba a ser pronto visiblemente aprovechada en beneficio propio por los eternos enemigos de cualquier forma de planificación que aparecían aquí o allá, según soplaban los vientos desreguladores. Por ello, en realidad, algunas voces de alarma no se habían hecho esperar mucho, llamando a una reconsideración de las actitudes más agresivas con el planeamiento, y pidiendo una reflexión más profunda, capaz de elaborar una crítica verdadera acerca de las erróneas concepciones o de las malas prácticas anteriores, sin recurrir para ello a la enunciación de la necesidad de desaparición de toda idea de planeamiento.

Seguramente la más autorizada de esas tempranas advertencias vino también de Italia. Fue la de Gregotti, en un momento en que precisamente él mismo andaba animando la cruzada a favor de la reinstauración de la preeminencia de la arquitectura, a través de resonantes editoriales en "Casabella". En uno de ellos (julio, 1986) confesaba sus temores ante las "preocupantes deformaciones" que creía que se estaban produciendo a partir de su actitud. "Nos parece que se está aprovechando esta reflexión crítica para conducir un ataque a la noción misma de plan, más que a sus necesarias transformaciones". Y recomendaba la vuelta a un buen uso de los instrumentos del planeamiento tradicional, que consideraba todavía válidos: "Que las nociones de estándar y de norma hayan llegado a ser tal vez números cuyo significado originario se ha perdido, que deban ser reexaminados a partir de la condición específica y no de abstractos sistemas tardo-neopositivistas, no significa que tales nociones no deban reencontrar y potenciar, en la elaboración del plan, su originario papel cívico y cualitativo. Que los sistemas del conocimiento analítico hayan constituido a menudo un pesado y abstracto bagaje separado de las decisiones del plan, significa sólo que deben ser conducidos de modo más cuidadoso y profundo, y no que sean inútiles. (...) Que sea necesario escuchar la voz del proyecto específico, como contribución activa al plan no autoriza ni el imperio de la pura estética, ni la idea de que esa iniciativa sea un valor a aceptar sin confrontaciones globales". Y terminaba: "Que no se busquen entre nosotros aliados contra el plan".⁴

Poco después, con expresa alusión a esta advertencia del maestro italiano, y con honestidad que le honra, Bohigas rectificaba de manera máximamente pública (diario *El País*) sus más extremosas manifestaciones sobre la conveniencia de "desplanificar nuestras ciudades", relizadas según él "en las ráfagas polémicas", dentro de las cuales, "la muerte del urbanismo era como un grito de alerta, exagerado y beligerante". Y ahora, al pedir que "la transformación de los instrumentos de control urbano sirva para definir nuevas relaciones más operativas entre análisis y proyecto, urbanismo y arquitectura, diseño y normativa" solicita también "que las reflexiones críticas sobre el planeamiento no sean un esfuerzo de aniquilamiento, sino de perfección".⁵

4 GREGOTTI, V. (1986): "In difesa della ragioneria urbanistica", *Casabella*, Julio-Agosto.

5 BOHIGAS, O. (1986): Muerte y resurrección del planeamiento urbano, *El País*, 4 de Noviembre.

Pero el mal ya estaba hecho. Para la credibilidad del planeamiento y para el interés por el urbanismo. Porque la superficial cultura de masas profesional, instalada en el consumo de imágenes y en el desprecio fácil, negando validez a todo lo precedente para afirmar mejor el valor de la novedad, estaba necesitada de fórmulas mágicas y de *slogans* autorreconfortantes, ya que era incapaz de comprender que, en la maduración disciplinar, se avanza trabajosamente, reconstruyéndola sobre sí misma, aprendiendo de la propia experiencia, reelaborándola como recomendaba Gregotti, sin estridencias ni griterío. Y una vez desencadenadas esas corrientes, son difíciles de contrarrestar sus inercias, y más si se introducen en los ámbitos docentes, cuya acción las propaga eficazmente y las prolonga en el tiempo. Porque, efectivamente, las escuelas y facultades, contagiadas, se prestaron a perpetuarlas a través de la exaltación del proyecto y la negación del plan. La brillantez de las propuestas arquitectónicas y la belleza de los dibujos, innecesariamente presentados en antagonismo frente al planeamiento, aseguraban un fácil éxito escolar a la sustitución del urbanismo por la arquitectura, prácticamente imposible de contrarrestar con algo que requería menos dibujo que capacidad de reflexión.

Y así, diez años después, la situación no es más equilibrada, como se puso de manifiesto en el XIX Congreso de la UIA en Barcelona, exaltación delirante de la creación formal personalizada, a pesar de que, lúcidamente, en los folletos preparativos puede encontrarse formulada una cierta referencia a la relación de la arquitectura con las nuevas formas que sume el proceso de urbanización y a la necesidad de tenerla en cuenta como actividad profesional, ya que, ante la "multiplicidad de lógicas, estrategias e intereses que son inherentes a la misma dinámica de la urbanización acelerada" ... "las posibilidades que todavía haya de controlar el proceso, de establecer niveles de racionalidad y prioridades en función de ciertos valores colectivos, constituyen la tarea para la cual la arquitectura de estos años deberá prepararse en la medida en que quiera seguir teniendo voz y lugar". Pero frente a ello, el propio folleto señala certeramente, como "en los últimos años hemos podido observar un doble fenómeno. Por un lado, una huida hacia adelante por parte de los arquitectos, los cuales han orientado su acción hacia la gestión de los grandes operadores del territorio. Por otro, la retirada consciente y lúcida de la arquitectura hacia los campos estrictos de la creación formal y hacia la producción de objetos exquisitos y culturalmente significativos"⁶. Pero luego, en la realidad, y dado el ambiente del Congreso, esa línea de reflexión, tuvo muy escaso reflejo. Tan escaso, que tal vez se limitó a una muy modesta aportación: "Al contemplar esta nueva realidad, al sopesar la importancia de su desarrollo, al comprobar su creciente contribución a la configuración del espacio urbano de mañana, se aprecia con claridad que las políticas a que hemos aludido están dirigidas a atender sólo a una parte de la situación. Y entonces es también, cuando aparece la necesidad de reflexionar seriamente, y aunque sea a contracorriente dentro de la profesión, sobre esa actitud profesional tan generalizada, que consiste en "la retirada consciente y lúcida hacia los campos estrictos de la creación formal y la producción de objetos exquisitos y culturalmente significativos"⁷. No es, evidente-

6 UIA (s/f): *Presente y futuros*, Folleto preparativo del XIX Congreso de la Unión Internacional de Arquitectos.

7 *Idem*.



mente, esa lícita actitud, la que suscita problemas. Pero sí los suscita, y graves, la consideración de la misma como la única vía interesante de actuación profesional, con la sistemática descalificación de cualquier otra actividad que no vaya en esa dirección. La belleza, espectacularidad, resonancia y reconocimiento que suscita la arquitectura de calidad, junto con la complacencia que proporciona la exaltación formal en el acto creador, oscurece la importancia de otras actividades menos vistosas, más inevitablemente entreveradas de elementos no artísticos, de resultados complejos, difícilmente apreciables, producto muchas veces degradado de un proceso azaroso resultante del entrecruzamiento y pugna de lógicas contrapuestas y de intereses heterogéneos. Estas componentes conducen, efectivamente, a una exaltación profesional de esa "retirada lúcida" a los "objetos exquisitos" que está amenazando con provocar la falta de presencia de los arquitectos y de la aportación que sólo ellos pueden hacer en algunos de los mas importantes procesos de formación de la realidad urbana actual" ⁸.

Es por todo esto, por lo que resultan excepcionalmente valiosas algunas nuevas recapacitaciones lúcidas que empiezan a producirse desde el campo de la propia arquitectura triunfante al detectar los límites de esa pretensión de arquitectura sin urbanismo. Como ocurre con esas duras confesiones del contradictorio Koolhaas que, en medio de una visión bastante catastrofista, y partiendo también de algunas confusas enunciaciones del "fracaso del urbanismo", lo ve objetivamente más como "fracaso colectivo de todos los agentes que actúan sobre la ciudad, o tratan de influirla creativa, logística y políticamente", que como fracaso de un determinado enfoque, actividad o práctica. Y, al reflexionar sobre ello, no elude la responsabilidad de quienes "hemos estado riéndonos del ámbito del urbanismo hasta hacerlo desaparecer, desmantelándolo en nuestro desprecio". Vale la pena destacar las conclusiones que desprende de ello: "Nuestra presente relación con la crisis de la ciudad es profundamente ambigua: seguimos culpando a otros de una situación de la cual son responsables tanto nuestro incurable utopismo como nuestro desprecio. A través de nuestra hipócrita relación con el poder - despectiva pero codiciosa de él - hemos desmantelado una disciplina entera, nos hemos desconectado de lo operativo y hemos condenado a poblaciones enteras a la imposibilidad de proyectar códigos civilizadores sobre su territorio: el tema central del urbanismo. Ahora nos hemos quedado en un mundo sin urbanismo, sólo con arquitectura, cada vez más arquitectura. La seducción de la arquitectura reside en su limpieza y su claridad; define, excluye, limita, separa el "resto", pero también consume. Explota y agota los potenciales que en último extremo sólo puede generar el urbanismo, y que tan sólo la imaginación específica del urbanismo puede inventar y renovar. La muerte del urbanismo - nuestro refugio en la parasitaria seguridad de la arquitectura - crea un desastre inmanente: cada vez es más la sustancia que se injerta sobre raíces famélicas" ⁹.

8 TERÁN, F (1996): "Perspectiva general", Ponencia en el XIX Congreso de la UIA en Barcelona, abriendo la sesión dedicada a *Construcción de la ciudad desde la Administración*, 6 de Julio.

9 KOOLHAAS, R. (1996): "¿Que fué del urbanismo?", *Revista de Occidente*, 185, Madrid.

Mucho más reciente que la reivindicación de Gregotti sobre la validez de los instrumentos del planeamiento tradicional, y seguramente por ello mucho más dramática, lo que aparece ahora en el lamento de Koolhaas, es una forma de valoración del entendimiento, la comprensión y el tratamiento de lo urbano, que no puede reducirse sólo a arquitectura, que está más allá de la arquitectura, que efectivamente, es código civilizador del territorio, y puede proporcionar tierra fértil y limpia (sin raíces famélicas) para asentar la arquitectura.

5. Sobre el supuesto fracaso del urbanismo

Pero la inicial alusión del exitoso arquitecto holandés al carácter colectivo del fracaso urbanístico abre la puerta a un discernimiento bastante justificado de responsabilidades entre los torrentes de imputaciones que se han vertido contra el urbanismo como responsable único de dicho fracaso. Ello permite comprobar, cuánto ha habido, en esa generalizada responsabilización, de desaforada precipitación condenatoria, y cuánto de irreflexiva adhesión a una corriente contagiosa de opinión, formada sin análisis previos mínimamente rigurosos, hecha frecuentemente de simplificaciones superficiales y de efectistas y forzadas asociaciones de ideas. El principio del alegato de Koolhaas es un ejemplo muy claro de ello. Dice, para crear ambiente: "A pesar de sus tempranas promesas y de su frecuente coraje, el urbanismo ha sido incapaz de inventar y de actuar a la escala exigida por una demografía apocalíptica. En 20 años, Lagos ha crecido de 2 a 7, de 7 a 12 y de 12 a 15 millones". Y nos deja perplejos, porque ¿se puede decir seriamente, sin aludir siquiera a los condicionantes aspectos políticos y económicos implicados, que la respuesta a la explosión demográfica de Lagos es una cuestión de invenciones urbanísticas? ¿Se puede sostener realmente que el urbanismo es el responsable de la falta de solución de los problemas de una ciudad en la que sigue habiendo partes que no tienen agua corriente ni electricidad y en la que sigue matando la malaria? No, no es esa, evidentemente, la manera correcta de presentar las cosas, pero desgraciadamente, ese tipo de simplificaciones y esa falta de objetividad son bastante frecuentes a la hora de adjudicar responsabilidades o incapacidades que antes que nada son consecuencia de condiciones políticas y económicas, y por lo tanto previas al urbanismo e independientes de él, aunque él no sea independiente de ellas. Y sin necesidad de llegar a Lagos, es honradamente imposible no pensar en una corresponsabilidad social bastante generalizada ante los resultados de un proceso realizado siempre en forma tan competitiva, tan conflictiva, tan contradictoria y tan plural, como es el de construcción de la ciudad. Incluso en aquellos casos en los que el urbanismo ha estado presente, que no es el de Lagos. Porque lo que no se puede hacer es hablar de fracaso del urbanismo donde el urbanismo (que, como mínimo, es un conjunto de estudios, de normas y de regulaciones, apoyados políticamente) no ha existido. Y es claro que donde ha existido, no ha sido sólo el urbanismo lo que ha fallado.

Han fallado muchas de las aportaciones realizadas desde los más avanzados observatorios de las ciencias sociales para el conocimiento de lo que estaba ocurriendo.



Ha fallado la comprensión y el apoyo de los estamentos y de los aparatos políticos, jurídicos y administrativos, que no se han movilizado ni implicado, o que frecuentemente se han mostrado reticentes, amenazando con retirarse, y a veces retirándose, eludiendo las actitudes rectoras, dejando inevitablemente inerte e inoperante a cualquier propuesta urbanística, que siempre es dependiente de esas actitudes, sin cuyo apoyo no es nada. ¿Se puede hablar de urbanismo sin política?

Ha fallado, en todos los niveles administrativos, la asignación presupuestaria necesaria para ejecutar a tiempo muchas certeras propuestas del planeamiento que, cuando mucho después, alguna se ha llevado a cabo, se ha visto, efectivamente, el acierto de su previsión y cuanto hubiera ganado el desarrollo de la ciudad, de haberse realizado en el momento propuesto.

Han fallado también los programas (técnica y políticamente) de adquisición pública de suelo para producción de vivienda de bajo coste, y ha fallado la arquitectura que, en términos generales, ha demostrado muy poca sensibilidad y conocimiento (en este caso por parte de casi toda una profesión que alardea de lo contrario) para dotar de un mejor aspecto visual a las ciudades. Porque, aunque la producción de la vivienda se va recuperando de lo que parece un abandono por parte de la arquitectura, que durante varias décadas se ha mostrado generalmente incapaz de superar dignamente las condiciones impuestas por el mercado, lo cierto es que lo que más sigue condicionando la visión de la ciudad es la banalidad y ausencia de interés de los productos inmobiliarios estereotipados que proliferaron durante esas décadas y condicionan, a su vez, de modo contundente, el panorama. Y así, esa incapacidad para la creación imaginativa y cualitativa (refugiada ésta en la minoritaria producción de los "objetos exquisitos") influye directa y eficazmente en la falta de cualidad ambiental de la ciudad. Lo cual, como no, se le achaca también al urbanismo.

Han fallado, y esto tiene una importancia fundamental para entender lo que ha ocurrido, las formas de construcción filosófica para la explicación de la realidad y de la relación del hombre con ella que se han dado en la primera mitad del siglo, desde el auge del positivismo hasta la filosofía analítica de la ciencia, constituyendo el soporte epistemológico básico de las ciencias sociales. Y ya se sabe que la adhesión del urbanismo a la aventura positivista de éstas dio por resultado la aventura del planeamiento científico, que si hoy podemos contemplar como una empresa erróneamente planteada, no puede desconocerse lo incitante que debió ser ese planteamiento dentro de la mentalidad dominante, en un momento cultural de exaltación, seguridad, prestigio intelectual y reverencia social hacia aquel modelo de cientificidad, apoyado en aquel modelo de filosofía de la ciencia. Por eso puede comprenderse perfectamente aquel embarque del urbanismo, incluso por quienes nunca llegamos a compartirlo plenamente, como un desafío intelectual, como una necesidad de exploración de un universo de posibilidades, sintonizada con una vanguardia investigadora universal e inscrita en el eterno esfuerzo humano por reducir incertidumbres y encontrar explicaciones racionales y medios de control garantizados. Y yerra la risueña crítica actual que, parapetada en una situación cultural completamente distinta, contempla desdeñosamente aquel embarque como un injustificable despiste, cuando en realidad, lo

único reprochable era la jactancia con la que, como tantas veces, la afirmación avanzaba negando interés a todo lo demás.

Esta generalización del tema sólo pretende reclamar mayor objetividad e información en el tratamiento del "fracaso del urbanismo" y recordar la improcedencia de muchas de las acusaciones y de las diatribas. También poner en guardia contra ciertas visiones apocalípticas, que acababan sugiriendo abandonos, y contra la venta de alternativas que se basan en previas descalificaciones globales. Porque una de las cosas más lamentables que han ocurrido con todo este episodio de culpabilización del urbanismo y condena del planeamiento ha sido su repercusión traumática en el proceso histórico de construcción disciplinar, que hubiera necesitado un clima menos antagonizado para la reflexiva asimilación crítica del doble frente problemático y conflictivo que suponía, por un lado, el análisis de las equivocaciones cometidas, y por otro, el conocimiento de la rápida evolución que estaba operándose en el comportamiento de las ciudades y en el proceso de urbanización, de modo que a la rectificación debía unirse la invención. No bastaba con corregir la concepción de los instrumentos, ya que era distinta la realidad sobre la que había que aplicarlos.

Ciertamente que el proceso no se interrumpió. Continuó en toda Europa, individual y colectivamente, la reflexión crítica analizando la experiencia y explicando lo ocurrido con el planeamiento y reelaborando propuestas a partir de ello, aunque en algunos sitios fuese en ambiente hostil y descalificador. Por otra parte, ya hemos aludido a cómo, a pesar de todo, se produjo una nueva generación de planes, en la década de los ochenta, en los que continuó la experiencia planificadora, sentándose algunas bases válidas para el replanteamiento de la misma. Suponían una superación del planeamiento tradicional de base cientifista, especialmente por la introducción de mecanismos operativos de gestión que reducían la distancia entre el plan y su ejecución por partes, sustituyendo el desarrollo urbano a través de un control puramente normativo, por un desarrollo basado en la acción, es decir, de carácter más bien promocional. Pero lo cierto es que esos planes, a pesar del indudable valor de la reflexión que los sustenta y de sus aportaciones irrenunciables, acusan demasiado visiblemente el compromiso con la presión circundante. Como ya hemos dicho, enfatizan excesivamente ciertos planteamientos reduccionistas de toda posible expansión (tributo rendido al "urbanismo de la austeridad"). Se recrean en la exaltación morfológica del tratamiento del espacio interior (tributo rendido a la "arquitectura urbana") ensayando formas de acercar plan y proyecto o de eliminar prácticamente el plan, como en el "progetto-norma" y en el "zoning planivolumétrico" de la experiencia italiana, o en algún plan con maquetación volumétrica de toda la ciudad (Tarragona, 1982) de la experiencia española. Y olvidan la tensión que había aparecido ya, más allá de la periferia, ignorando las nuevas dimensiones territoriales del problema. Por eso, esa generación no es una alternativa plenamente válida, y está ya en revisión al calor de una importante actividad de reflexión teórica nueva, uno de cuyos núcleos fundamentales está centrado sobre las relaciones de la ciudad policéntrica compacta tradicional, con la nueva realidad territorial de la "ciudad difusa", y sobre las formas necesariamente nuevas de abordar el tratamiento de esta nueva situación territorial.



6. Configuración actual de la nueva realidad urbana y territorial

En efecto, uno de los puntos de partida de esta nueva reflexión la está proporcionando el reconocimiento de la importancia condicionante de las características de esa realidad urbana y territorial, que se está formando a través de un proceso activo de gran complejidad y extensión, dentro del cual se están produciendo transformaciones importantes en las formas de organización espacial directamente relacionadas con nuevas formas de organización económica y social y que a su vez están originadas en gran medida por las innovaciones tecnológicas, especialmente de la información y la comunicación. En ese "territorio urbanizado" se diluye la idea de ciudad estructurada y se desvanece la idea de forma estable, en un discontinuo y heterogéneo magma en el que las grandes infraestructuras, los grandes contenedores edificados (nuevos monumentos), y los elementos singulares del medio natural que permanecen visibles, constituyen los nuevos hitos diferenciadores, caracterizadores y referenciales de un nuevo paisaje (¿posturbano?) que captan la atención y orientan la travesía, pautando el territorio, ya que en éste la edificación se disuelve a veces en el espacio natural, o se coagula adensándose irregularmente en manchas o líneas, configurando levemente fragmentos imprecisos de distintas clases de espacio: áreas residenciales dispersas, industrias, centros comerciales, hospitales, locales de exposición de productos industriales, estaciones de servicio, moteles, parques de atracciones, salas de juegos, terrenos deportivos, estadios, palacios de convenciones, grandes discotecas... que son los nuevos espacios del tiempo colectivo, nuevos polos intermitentes de agregación social, nuevas manifestaciones del espacio público y representativo, enhebrados en secuencias espaciales dinámicas a través de los incesantes desplazamientos canalizados por la red viaria, el espacio infraestructural en el que se desarrolla una parte fundamental de la vida de esa ciudad, que es experiencia en movimiento. Esta es la *post-city* que parece venirse encima, expresión máxima de la libertad de cambio, donde se celebra la apoteosis de las posibilidades múltiples, que no alcanza nunca forma definitiva, en la que nada es estático y permanente.

Es ésta una realidad sólo parcialmente perceptible aún en Europa, y que parece mas lejana en España, a pesar de las previsiones de Hall, puesto que nuestras ciudades siguen planteando fundamentalmente problemas de exceso de compacidad¹⁰. Pero es una realidad en constitución y esperable también aquí, que hay que aprender a asimilar, a entender y a imaginar como complemento de la ciudad tradicional, formando un complejo entramado con ella. Porque las características propias que la distinguen, según coinciden en señalar los estudios en curso, la muestran como una realidad para la que no valen mucho los esquemas referenciales acuñados por la cultura urbanística hasta ahora. Extrema complejidad multiforme, inestabilidad, fluctuación, provisionalidad y variación, heterogeneidad, profusión de discontinuidades y diferencias cualitativas, sorpresas reales o potenciales... Y a estas características del continente físico corresponde un contenido social que también nos sorprende con la variedad de comportamientos,

10 HALL, P. (1985): "El impacto de las nuevas tecnologías sobre los cambios urbanos y regionales", en *Metrópolis, territorio y crisis*. Madrid.

con la desarticulación de los grandes grupos y la multiplicidad de los microgrupos diferenciados, con la dispersión de las relaciones...

Esta realidad nueva, que provoca efectivamente una manera diferente de entender la ciudad, estimula también una forma diferente de entender el planeamiento, como una actividad mucho más ligada a la variación y a la inestabilidad imprevisible a la hora de plantear formas adecuadas para una deseable intervención sobre esa realidad. Intervención deseable frente a la inhibición, porque, en gran medida, el proceso se está produciendo sin que nadie haya intentado establecer niveles de racionalidad y prioridades en función de valores y de objetivos colectivos, sin cautelas de ningún tipo, sin definiciones políticas, sólo a favor de los intereses particulares más potentes o de los más poderosos grupos financieros nacionales o internacionales. Y el nuevo esfuerzo reflexivo se plantea, lógicamente, cómo mantener alguna forma de voluntariedad en la organización de tal proceso, introduciendo condicionamientos para que el mismo pueda adaptarse a alguna forma de estrategia espacial en función de objetivos sociales, aunque sólo fuesen mínimamente, los de rentabilizar las inversiones públicas y salvaguardar los recursos naturales, contrarrestando en lo posible las contradicciones derivadas de las heterogéneas estrategias que, en función de intereses múltiples y contradictorios, inciden sobre el territorio y condicionan confusamente las formas que va adoptando el desarrollo de la ocupación del espacio. Sí, se necesitan por el contrario, estrategias voluntarias de organización funcional del territorio, para las cuales se requieren instrumentos de planificación y no de diseño. Se plantea pues, la necesidad de una reelaboración teórica de las bases del planeamiento, que sólo en parte puede aprovechar directamente la conceptualización que ha presidido el contexto teórico y operativo anterior, la herencia de la cultura urbanística tradicional, pero que sí puede extraer valiosas enseñanzas de su historia.

7. Enseñanzas de la historia

En efecto, el análisis llevado a cabo sobre la experiencia de cientifización apoyada por las ciencias sociales, no sólo ha permitido entender cómo se produjeron los errores de enfoque general, sino también reconocer lo injustificado de muchas expectativas que se habían creado sobre las posibilidades de conocimiento acerca de aspectos complejos de la realidad que han resultado inasequibles. Y el reconocimiento de estas limitaciones ha supuesto una saludable práctica de desmitificación científica y de acercamiento a la realidad de la práctica posible, que es ya una primera enseñanza.

Otra enseñanza de la experiencia está en la forma de entender la realidad urbana, que ya no puede volver a ser vista como el resultado obligado de un proceso evolutivo natural, científicamente previsible por estar nomotéticamente regulado, sino como un producto humano artificial e histórico de desarrollo aleatorio, contingente e imprevisible. Y en consecuencia, el planeamiento no puede volver a ser entendido, a su vez, como el incuestionable resultado de aplicar un método



garantizado de previsión fiable, basado en el conocimiento científico del comportamiento previsible de la realidad. Ello corrobora que, ante el porvenir de la realidad urbana, no hay medio de eliminar la incertidumbre, y que el planeamiento debe aceptar la incapacidad para una previsión totalmente fiable del futuro urbano, la cual aparece así, como un ejercicio altamente azaroso.

Paralelamente, otra enseñanza extraída de la misma historia, es la comprensión de la limitada capacidad que existe para plantear una acción racional global sobre la ciudad, que tenga en cuenta simultáneamente todos los factores implicados, con todas sus interrelaciones entre ellos y con las repercusiones y efectos de cada propuesta sobre las otras. Al reconocer que no es posible saber como se van a producir las reacciones en cadena, ligadas a cada una de las propuestas, hay que aceptar que es imposible asegurar que el resultado querido vaya a ser alcanzado.

La primera consecuencia que todo esto produce en la concepción del planeamiento, es la reducción de la dimensión predictiva, referida tanto al tiempo como al espacio. Es decir, la disminución del plazo y del ámbito de las previsiones. Y ello conduce a una visión de la toma de decisiones no sólo de tipo incremental, sino también desagregada.

Esa había sido ya la conclusión de la vanguardia investigadora y de la práctica innovadora en los años setenta, cuando se había empezado a vislumbrar el final de la aventura científicizadora y se empezaba a comprobar la importancia de las limitaciones que se oponían a su continuación. A partir de ahí, se inició el desarrollo de los temas del planeamiento incremental y desagregado, frente al holístico y comprensivo, y se estableció la diferencia entre planeamiento táctico y planeamiento estratégico, enunciada ya como necesaria desde el principio de la década, e incorporada rápidamente a la práctica, marcando diferencias entre las previsiones estructurales para el largo plazo y las acciones bien definidas de implementación inmediata. Y fue entonces el momento, al que ya nos referimos anteriormente, en que se puso en cuestión la pertinencia de trasladar el método científico a la concepción e instrumentación de la metodología del planeamiento ¹¹, y cuando se fue debilitando la confianza en la eficacia del análisis como determinante del planeamiento, y cuando se inició el esbozo de nuevas actitudes hacia las posibilidades y las formas del mismo: "Las antiguas certezas acerca del planeamiento son muy definidamente cuestionadas, pero pocas certezas nuevas han tomado su puesto.(...) Los nuevos enfoques pueden tener que descartar algunos puntos de vista fuertemente sostenidos como constituyentes del 'buen planeamiento' durante los últimos 40 años" ¹². Y fué entonces también, cuando simplificando brutalmente las cosas, apareció la fácil tentación de negar simplemente la necesidad del planeamiento y su sustitución por la arquitectura.

11 Para la crítica del proceso de planeamiento «racional-deductivo» puede verse, por ejemplo: HAMNETT, S.L. (1973): *Goals as aids to justification: some implications for rational planning*, Oxford Polytechnic Institute.

12 CHERRY, E.(1979): "Introduction", en *Planning in a Period of Change. Proceedings of the Annual Conference, Birmingham, 1979*, Londres, The Royal Town Planning Institute.

Pues bien, pasadas las mayores vehemencias de la "revolución" antiurbanística, reducidas sus reconvenções a sus justos límites, aceptadas sus reivindicaciones serias, y en vías de ser rechazado todo lo demás (especialmente la superficialidad gregaria y la arrogancia inculta que la acompañaron) parece llegado un momento más propicio para que pueda producirse una recuperación pública del urbanismo y pueda continuar, depurada por la reciente peripecia, la tarea del planeamiento.

* * *

Hay dos cuestiones de fondo con las que es preciso enfrentarse desde el primer momento, cuando se inicia una reflexión en profundidad sobre las posibilidades de elaboración de formas válidas de planeamiento renovado. Su esclarecimiento y las actitudes que de ello se deriven son decisivamente condicionantes de la orientación que vaya a tomar en el futuro, la definición o definiciones, en plural, de las bases teóricas y de la instrumentación práctica del planeamiento.

La primera de estas cuestiones se refiere a la realidad urbana como objeto del planeamiento, a sus características, a su identidad, a sus manifestaciones, y también a su entendimiento y comprensión. La segunda se refiere, a su vez, a la naturaleza, objeto e identidad del propio planeamiento.

8. La nueva realidad urbana y territorial como objeto del planeamiento

Ya hemos enunciado esquemáticamente algunos de los rasgos que caracterizan a la nueva realidad urbana y territorial maleable que se está constituyendo a través de un proceso nada controlado, de gran fluidez, que produce una constante renovación. Una realidad compleja, hemos dicho, inestable, informe y sorprendente, que provoca y exige una nueva manera de entender lo urbano, como resultado aleatorio, contingente, globalmente incomprensible e indescriptible, cuyo conocimiento en términos de totalidad se ha hecho inasequible y cuya evolución se ha hecho imprevisible. A ello se pueden añadir visiones complementarias desde otros ángulos acerca de la creciente complejidad e inestabilidad de la organización espacial del fenómeno urbano, relacionándola con los efectos de las sucesivas oleadas de innovaciones técnicas (información y movilidad, especialmente) que producen constantes reajustes en los aparatos productivos, empresariales y sociales, habiéndose llegado a identificar un subsiguiente aumento gradual del desorden y la entropía como rasgo característico asociado al propio proceso de urbanización.

Ante ello caben dos actitudes que, de hecho, se están dando entre las interpretaciones y posicionamientos. Se puede entender que estos hechos son indicios inequívocos de que hemos entrado en una nueva era, caracterizándose el paso que estamos dando por una serie de cambios radicales, entre los cuales estarían estas nuevas formas de organización del espacio y la



sociedad como manifestaciones del "colapso del orden mundial euclídeo, de entidades estables y asunciones de sentido común, que han gobernado nuestro entendimiento del mundo en los últimos doscientos años", porque "estamos avanzando hacia un mundo no euclídeo con muchas geografías de espacio - tiempo" ¹³. Gran parte de nuestros problemas tendrían su causa, entonces, en nuestra incapacidad para comprender este nuevo orden, asumirlo y adaptarnos a él. Porque nos es mucho más fácil pensar en la estabilidad y en la continuidad que en el cambio y la discontinuidad, porque hemos sido educados y hemos desarrollado nuestra vida dentro de una concepción del espacio acorde todavía con la geometría euclídea. Y las actitudes adecuadas serían entonces las que se orientasen en una línea de pensamiento para la cual "la no linealidad, la inestabilidad, las fluctuaciones que vienen a constituir las nuevas manifestaciones del territorio no son los fenómenos 'fastidiosos' que determinan el desorden y el caos, sino la estructura en desequilibrio que, generando la diversidad y la innovación, prometen un cambio radical en la vida de nuestra sociedad" ¹⁴.

La principal objeción que se puede hacer a esta línea de pensamiento es que si es cierto que el cambio es tan radical y que el mundo euclídeo se acaba precisamente ahora (a pesar del tiempo que hace que fueron formuladas las geometrías no euclídeas), pero no sabemos casi nada de lo que lo va a suceder, ¿cómo podemos empezar a pensar en mecanismos de cualquier tipo (el planeamiento entre ellos) para operar dentro de ello? La conclusión lógica sería la inhibición y la espera para ver cuántos de esos rasgos actuales son transitorios y cuántos pueden tomarse, junto con los que irán apareciendo, como definidores de la nueva situación. Desde el punto de vista de la coherencia intelectual, ésta podría ser una actitud sensata. En la práctica supone renunciar a esas mínimas exigencias de orden que parecen necesarias y abandonar el proceso a su propio desarrollo, es decir abandonar el planeamiento. Los riesgos son grandes y debieran ser evitados.

Por eso puede haber otra manera de pensar. ¿Cuántas veces hemos oído ya, referido a circunstancias o momentos históricos diversos, que entrábamos en "una situación sin precedentes", invocando así implícitamente, una cierta conformidad ante lo inevitable? ¿Y si en vez de aceptar pasivamente que el desorden es un orden nuevo que no somos capaces de entender, seguimos tratando de construir el orden que sí entendemos? Intentando reducir lo que vemos como caos, en vez de contemplarlo desconcertados o contribuir a aumentarlo. Intentando evitar que continúe la homogeneización informe. Intentando dotar al espacio de cualidad física, provocando la aparición de forma y estructura. Produciendo un cierto sentido, hecho de diferenciaciones, con apoyo en la presencia de elementos existentes. Procurando la adecuada localización de las nuevas inserciones. Superando la idea de isotropía indiferenciada a cambio de la de archipiélago compuesto. Consiguiendo que sea verdad que en la ciudad difusa "todo proyecto es ocasión para construir el paisaje, apoyándose en los signos naturales e históricos, en los

13 FRIEDMANN, J. (1993): "Toward a Non-Euclidean Mode of Planning", *APA Journal*.

14 PADOVANO, G. (1993): "Introduzione", en *Verso il moderno futuro. Nuove strategie per il territorio della complessità*, Florencia.

'monumentos' de la ciudad región" ¹⁵, reconociendo y utilizando la forma estructural del territorio. Usando útilmente los signos, naturales o creados, como nuevos hitos cuyas presencias físicas dan sentido a un espacio que entonces se hace comprensible. Manteniendo la importancia que debe seguir siendo atribuida a la cualidad morfológica del espacio, a través de "la arquitectura del territorio". Dentro de esta línea de pensamiento sí tiene sentido reflexionar sobre la manera de instrumentar formas posibles para la deseable intervención.

9. La nueva naturaleza del planeamiento y sus nuevas formulaciones

A partir del conocimiento de esta realidad y con apoyo en las enseñanzas de la experiencia histórica, la reflexión actual sobre lo que podrían ser líneas orientadoras del planeamiento se plantea en varias direcciones, en parte contradictorias y en parte complementarias. Entre ellas podrían considerarse en primer lugar, las derivaciones y actualizaciones de los planteamientos *fragmentaristas*, cuyo fundamento está en toda esa línea de pensamiento ya mencionada, que arranca desde finales de los años sesenta, que parte de considerar imposible la previsión holística y adopta el consiguiente enfoque incrementalista y desagregado.

La formulación actual mas interesante dentro de esta línea es aquella que, extrapolando el *fragmentarismo* intraurbano, se plantea la posibilidad de incidir en el proceso de urbanización, en la amplia escala territorial, condicionándolo a través de actuaciones puntuales de cierta envergadura, bien definidas y estratégicamente localizadas. Éstas, en principio, podrían llegar a provocar la aparición de una cierta estructuración nueva al inducir a su alrededor la formación de procesos derivados, especialmente si se trata de actuaciones concebidas y desarrolladas con carácter de nuevas centralidades.

Es esta, sin duda, una proposición sugestiva que está en experimentación y puede llegar a dar resultados positivos, constituyendo una clara alternativa a la forma tradicional de entender el planeamiento en la medida en que prescinde de la elaboración previa de una imagen global de referencia y se caracteriza por una actuación sobre la marcha. Se trata de una forma de entender el proceso de intervención sobre lo urbano que se ha denominado como "planear haciendo", para expresar el acercamiento entre plan y ejecución. En su forma más extrema y pura, sin ninguna clase de esquema global previo, la localización de las actuaciones sería aleatoria, derivada sólo de circunstancias de oportunidad que serían ponderadas en función de criterios que, sin embargo, no pueden dejar de hacer consideraciones de globalidad territorial y de tener en cuenta la interrelación entre ellas y con la ciudad existente. Si la ejecución de las actuaciones es pública, la Administración es la única protagonista, pero ello exige la disponibilidad, por su parte, de recursos económicos considerables, lo que en la realidad provoca que este caso sea poco

15 MACCHI CASSIA, C. (1996): "L'uso della forma come strumento del progetto urbanístico: riferimenti ed esperienze", *Territorio*, 3, Milán.



frecuente, a pesar de que en España no lo haya parecido por circunstancias especiales (juegos olímpicos, exposición universal...) que han actuado en los casos más espectaculares. Lo normal es que las actuaciones privadas sean más numerosas, en cuyo caso la Administración autoriza, coordina, compatibiliza y concierta la acción de otros actores. Su margen de actuación se mueve entre la discrecionalidad de un proceso tecnocrático-ilustrado y el consenso por negociación y concertación entre ella y los demás actores.

Una cuestión importante es la que atañe a lo que ocurre en el territorio, fuera de las propias actuaciones puntuales, es decir, en los espacios afectados por los desarrollos inducidos por ellas. Como mínimo requerirían algún condicionamiento normativo de la urbanización-edificación, del tipo de los utilizados por el planeamiento tradicional, complementando así a ese urbanismo promocional. Pero, además, no sería admisible una ausencia total de regulaciones del uso del suelo que, inexcusablemente, y también como mínimo, tendrían que impedir al menos el deterioro ambiental mediante la determinación de áreas de preservación.

Este tipo de planeamiento, de tan escasas definiciones previas, es objeto de continuada atención reflexiva actual para tratar de aclarar su alcance y concretar las formas adecuadas de su instrumentación. En una de sus siempre sugerentes incursiones en el futuro, Friedmann ha radicalizado la cuestión, entendiéndolo que sólo un tipo de planeamiento de estas características puede ser válido para actuar dentro del desorden, la inestabilidad y la entropía que caracterizan a la nueva situación. Y en función de ello ha esbozado su propuesta de "planificación no euclídea", que renuncia a hacer anticipaciones y a formular imágenes previas, y se desarrolla en el terreno de una permanente negociación política muy descentralizada a niveles locales, realizada en un presente "tiempo real" gracias a un aprendizaje social que garantizaría la participación activa de la población implicada ¹⁶.

Sin llegar tan lejos, las últimas manifestaciones de la ya larga y abundante línea de reflexión de Faludi sobre la naturaleza del planeamiento se centran sobre la creciente importancia del papel de la negociación. El plan es sólo un punto de apoyo, un marco inicial para la discusión siempre revisable, una base para el proceso de coordinación de los múltiples actores cuyas decisiones inciden sobre el territorio. Esa coordinación es continua, y el plan, en vez de una meta totalmente definida previamente a la cual hay que llegar obligatoriamente, es el resultado que se va formando sobre la marcha, de un conjunto de acuerdos. El futuro permanece abierto y las acciones sobre la ciudad no derivan del intento de alcanzar aquella meta, si no que en cada caso, cada decisión debe ser justificada por sus propios méritos y por su oportunidad y las desviaciones respecto al marco inicial no son consideradas como fracasos, ni siquiera como rectificaciones ¹⁷.

16 FRIEDMANN, J. (1993): *Op. cit.*

17 FALUDI, A. (1996): "Il piano strategico rivisitato", *Urbanistica*, 106.

Esa misma preocupación por afinar la capacidad de coordinación entre los actores de la urbanización y por aumentar la capacidad de encontrar recursos para intervenir sobre ella es dominante en aquellos países en los que la Administración no goza del necesario respaldo económico, y donde las operaciones políticas de desregulación urbanística, en el marco jurídico e institucional, han disminuído su capacidad de actuación directa. Es el caso de Italia, donde la rica elaboración intelectual actual explora, entre muchos otros temas, la posibilidad de sustituir la construcción de estados finales deseables por marcos operativos para la coordinación y compatibilización de las heterogéneas iniciativas de actuación sobre el territorio, sirviendo de base para el consenso entre los múltiples actores ¹⁸. Porque al mismo tiempo se ensayan nuevas formas experimentales de acción pública, inspiradas en una lógica *partenarial*, en la cual esos actores, públicos y privados, contribuyen con sus recursos a un mismo objetivo. Lo cual constituye, por otra parte, una práctica innovadora que sustituye a las formas tradicionales de intervención pública, más o menos autoritarias, por un proceso social participativo, localmente manejado.

Pero también allí mismo se manifiestan las reticencias que, en todas partes, suscita esta reducción del planeamiento a negociación, y se apuntan otras direcciones de pensamiento coincidentes con lo que ocurre en otros países. Para algunos, la intención y la voluntad políticas bastan para justificar la presencia de una anticipación global y a largo plazo. También para rechazar el fragmentarismo formalista de los "proyectos urbanos", porque la entienden como explícita manifestación espacial de una estrategia y de un programa políticos. De este modo se puede, como dice Campos Venuti, "restituir al plan urbanístico el papel estratégico de confrontación y de programa de las preferencias comunales y metropolitanas, abandonando la farsa de los proyectos de intervención aislados" ¹⁹. Para otros, además de esta intencionalidad política, debe recuperarse también la dimensión prospectiva a través de la imaginación. Secchi ha dedicado a ello una penetrante reflexión, apelando a la importancia del papel del "imaginario colectivo", y reclamando la función del plan como hipótesis verificable o no, propuesta a la sociedad. O mejor, como él explica, "como tentación", como invitación a un esfuerzo de imaginación prospectiva, entendiendo como profesional implicado, que "nuestro deber, nuestra responsabilidad, nuestro empeño intelectual, es continuar trabajando, proponiendo nuevas imágenes al imaginario colectivo" ²⁰.

Esto sitúa la reflexión sobre el planeamiento en otra perspectiva respecto a las posibilidades y funciones de las anticipaciones globales, lo cual es importante puesto que la ausencia de una clara definición previa, de carácter espacial, es una constante en la mayor parte de las formulaciones que están actualmente en desarrollo teórico o experimentación práctica.

18 BALDUCCI A. (1996): "La «scoperta degli attori» nella pianificazione", *Territorio*, 3, Milán.

19 CAMPOS VENUTI, G. (1984): *Op. cit.*

20 SECCHI, B.: "Nuovi ruoli e caratteri della pianificazione urbanistica", en *Verso il Moderno Futuro*, (Ver nota 14).



El rechazo de las anticipaciones globales, propias del planeamiento tradicional, parece derivarse, por una parte, de la fuerza y el éxito con que se impuso el *fragmentarismo*, el cual, por cierto, actuaba sobre el interior de la ciudad existente, de modo que ésta le servía de marco. Por otra, de la constatación de la inviabilidad de su construcción a través del proceso técnico científico, que se apoyaba en el conocimiento, también científico, de la realidad. Pero ahora, la extrapolación del *fragmentarismo* a la amplia escala territorial de la ciudad difusa pone más en evidencia la falta de referencia para la toma de las decisiones, aumentando el carácter aventurado y arriesgado de las mismas, por lo que frecuentemente, la forma extrema es matizada en la práctica con el acompañamiento de alguna clase de esquema global de referencia, aunque sea de carácter muy genérico e indicativo.

Por otra parte, la superación del enfoque basado en la aplicación del método científico, lleva ya tiempo conduciendo a nuevas formas de anticipación global, construídas al margen de aquellos procedimientos, que descansan ahora, efectivamente, sobre la imaginación, y con base en ellas proponen una organización estructural del territorio de la que se ha podido decir: "Esa organización no se introducirá en el plan con apoyo en un supuesto orden intrínseco natural, que se podría descubrir científicamente, sino a partir de un orden artificial inventado, que se introduce creativamente. Porque el plan será concebido de modo más parecido a la anticipación imaginativa de una creación artística, que al corolario necesario deducido de una investigación científica" ²¹. Afirmación esta, que no es preciso mantener en futuro, puesto que se refiere a algo que está en funcionamiento y que, en realidad, nunca ha dejado de funcionar, incluso en el periodo de exaltación cientifista, durante el cual actuaba casi subrepticamente complementando eficazmente a la insuficiente capacidad real del procedimiento científico para producir propuestas a partir sólo del análisis. Así pues, gracias a estas renovadas maneras de entender el acceso a ciertas formas de anticipación global, se puede repetir ahora, con mayor tranquilidad que entonces, lo que ya decíamos hace trece años, en plena victoria *morfológico-fragmentarista*, cuando hacerlo equivalía prácticamente a condenarse al ostracismo profesional. Que el plan puede seguir siendo entendido "como libre expresión de intenciones colectivas globales, como expresión voluntaria, circunstancial, histórica, de una visión de futuro, como producto cultural, reflejo del momento histórico en que se produce" ²².

21 TERÁN, F.: "Evolución del planeamiento...", *Op. cit.*

22 TERÁN, F. (1984): Teoría e intervención en la ciudad. Balance de un periodo. Estado de la cuestión. Perspectivas, *Ciudad y Territorio*, Madrid, pp. 59-60.



10. Perspectivas

¿Son contradictorias estas diferentes formas de entender el planeamiento? No, más bien pueden ser complementarias y así están funcionando ya. Una anticipación visionaria e imaginativa puede servir para orientar la selección de unas acciones que se confrontan con ella y que en ella encuentran un marco de referencia y de compatibilidad. De todos modos hay múltiples formas de interrelacionar las dos perspectivas, según la manera de concebir el marco global y de entender su papel. Por ello no se puede hablar de una única forma bien definida de planeamiento, ni en la actualidad, ni en el futuro inmediato. No habrá por ahora un proceso unificado conducente a un único "estilo" de planeamiento. Se tratará más bien de la coexistencia de una variedad de modos en cada uno de los cuales prevalecerán unos u otros aspectos. Mientras tanto, el debate permanecerá abierto y los experimentos en marcha irán proporcionando las corroboraciones o rectificaciones oportunas. Frecuentemente, los resultados entrarán en colisión con la inercia que tendrán las formas institucionales de la instrumentación urbanística vigente, lo que irá exigiendo la modificación de las mismas. Pero esto, como sabemos, ha sido bastante frecuente en la historia del planeamiento y forma parte de ella. Mejor será que para esa modificación no se antepongan intereses de otro tipo.